

Queridos hermanos y hermanas en Cristo,

Con alegría en el Señor he venido a celebrar con Uds. esta eucaristía en el contexto del IX° Capítulo General de vuestra Congregación monástica del Cono Sur. En ella ustedes, hermanos abades, abadesas y delegados de las diferentes comunidades masculinas y femeninas, celebran el paso del Señor por sus respectivos monasterios y disciernen su santa voluntad, a la vez que experimentan el don de la comunión en la oración y en el carisma que Dios les ha confiado a través de san Benito. Este es un tiempo privilegiado para encontrar y acoger a Jesús, para orar y buscar sinceramente la voluntad de Dios.

Nos inspiran las lecturas que hemos escuchado. Nos conmueve la revelación de Dios, que en su infinita misericordia quiere que su Pueblo se considere a sí mismo como un pueblo elegido y profundamente amado por Él, hasta el punto de presentarse entre los suyos, entre aquellos que llamó sus amigos, como el Esposo. El Hijo de Dios, por quien y para quien fue creado todo lo que hay en el cielo y en la tierra, que es el primogénito de cuanto existe y que nos ha abierto el camino de la resurrección y de la vida, quiere hacerse presente entre nosotros, también esta mañana, y renovar la alianza con su Pueblo, la alianza sellada por su amor hasta el extremo, alianza de misericordia, de sabiduría y de paz.

Homilía del
Cardenal
Francisco
Javier
Errázuriz¹

CuadMon 140
(2002) 63 - 66

¹ Arzobispo de Santiago de Chile. La homilía fue pronunciada en la Misa de conclusión del IX° Capítulo General de la Congregación Benedictina de la Santa Cruz del Cono Sur, Abadía de la Ssma. Trinidad de Las Condes, Santiago de Chile, 07.09.01.

1.- Ocurre vuestro encuentro con el recuerdo agradecido del año recién pasado, en el cual celebramos con gozo y esperanza el Jubileo Santo de la Encarnación del Verbo. A través de múltiples signos hemos visto como el Señor ha suscitado nuevos impulsos de vida y de santidad, en medio de la Iglesia peregrina en esta tierra. El Santo Padre, movido por el soplo del Espíritu en este tiempo de gracia, nos ha invitado, a través de la Exhortación Apostólica *Novo Millennio Ineunte* (=NMI), a bogar mar adentro, a navegar por las aguas de este tercer milenio, poniendo nuestra confianza y la mirada en el rostro de Cristo, cabeza de la Iglesia, el primer resucitado, el primero en todo (cf. *Col 1,18*). Él es la razón de nuestra esperanza, hacia Él confluyen nuestros pensamientos y nuestros pasos.

2.- Es verdad, más que nunca queremos ver a Jesús con la mirada del corazón. Las palabras del Santo Padre nos interpelan y expresan lo que hay en nuestro espíritu. Anhelamos vivir el bautismo y la consagración monástica con generosidad, queremos configurarnos con Cristo acercándonos al Padre y a su voluntad, en la búsqueda del absoluto de Dios, siguiendo los pasos de san Benito, de santa Escolástica y de tantos santos y santas de la familia benedictina y de toda la Iglesia. Siendo fieles al Evangelio, queremos vivir, trabajar y cantar con Cristo, haciendo de nuestra existencia una alabanza a la Sma. Trinidad.

3.- Lo hacemos como peregrinos, marcados por la certeza de la fe y al mismo tiempo por la nostalgia de Dios. Sólo el encuentro personal con Cristo Vivo sacia la sed de Dios y de eternidad que nos consume. El mismo Señor nos lo dijo: “El que tenga sed, que venga a mi y beba”. Desde lo más profundo brota esa necesidad de “llegar al Señor”, sólo posible de saciar plenamente cuando lo veamos tal cual es. Querer contemplarlo en toda su plenitud es anhelar la suerte de los santos, que como nos lo enseña la Iglesia, gozan de la visión beatífica de Dios, ya que están cara a cara con el Señor de la Gloria.

4.- En este tiempo de peregrinación, que a veces llegamos a sentirlo como un tiempo de destierro, buscamos incesantemente el rostro del Señor. Como le enseña el salmista: “Tu rostro buscaré Señor, no me escondas tu rostro”. El silencio y la oración nos acercan al Señor de la historia, y nos conducen a contemplarlo en su rostro de Hijo, en su rostro doliente que carga con la cruz, en su rostro glorioso del resucitado. En él descubrimos renovados motivos de esperanza para incursionar en el tercer milenio confiados en las promesas, invitados a forjar una nueva cultura desde el caris-

ma y la vocación que a cada uno se le ha regalado. El Evangelio, siempre nuevo, requiere de hombres renovados por la gracia que acojan el misterio con alegría y sencillez de corazón. Cuando develamos el rostro del Esposo, son más claras las realidades del hombre y comprendemos con mayor nitidez nuestra misión de ser sus amigos.

5.- En esta sincera búsqueda, SS. Juan Pablo II nos señala que “a la contemplación plena del rostro del Señor no llegamos sólo con nuestras fuerzas, sino dejándonos guiar por la gracia”(NMI nº 20). Más adelante nos dirá que “sólo la experiencia del silencio y de la oración ofrece un horizonte adecuado en el que puede madurar y desarrollarse el conocimiento más auténtico, fiel y coherente de Cristo (NMI nº 20)”. Como un verdadero profeta, frente a la experiencia de un mundo que se consume en el hacer desmesurado y a veces carente de sentido, y que tiende a no dar pie a un silencio posible, el Santo Padre nos vuelca a mirar en las profundidades del corazón, a silenciar los ruidos externos y tranquilizar las borrascas del alma para contemplar al Señor de la Paz, al Maestro. Nos invita a rezar, a cultivar el “arte de la oración”, valorándolo como un tesoro.

6.- La necesidad del hombre contemporáneo por una vida espiritual más intensa es una señal de **la renovada actualidad** que adquieren las familias monásticas que Uds. representan **para nuestra cultura**, como escuelas de oración donde se ayude a los hombres del tercer milenio a descubrir la necesidad y el valor del encuentro con Dios. Cada monasterio es una invitación para ir a ese encuentro con el Señor, una escuela de oración, de donde fluye la rica espiritualidad benedictina que les ha sido confiada. Queridos hermanos, el Pueblo de Dios, y también los hombres y mujeres que buscan desconcertados la razón de su existencia, necesitan esas abadías y esos prioratos en donde el arte de la oración sea vivido, enseñado y transmitido, en donde la cultura se renueve al soplo del Espíritu y en el amor y la paz de Dios. El mundo necesita más que nunca de lugares de silencio y contemplación, de “pulmones” que le den respiro a la existencia, de espacios interiores donde se aprenda la manera de vivir según la sabiduría del Espíritu.

7.- Cuando hablamos de esta búsqueda de Cristo, el Esposo, el camino privilegiado es la Palabra y la Liturgia. La *lectio divina* que la tradición benedictina ha regalado a la Iglesia para que se alimente de la Palabra y sacie su sed, es un camino de serenidad y de fecundidad. La Palabra orada y meditada nos nutre y renueva en el amor de Cristo. La lectura de los Evangelios nos inserta en las profundidades del misterio del Señor, nos

llena del asombro que sobrecogía a los discípulos, tan imprescindible para la conversión cotidiana, y nos ayuda a comprender nuestra vocación y misión a la luz de la revelación. Es necesario que cada día con mayor intensidad la lectura orada de la Biblia se convierta en un encuentro con la Palabra viva que interpela, orienta y modela la existencia (cf. NMI n° 39).

8.- Queridos hermanos y hermanas de la familia benedictina. Llamados a ser maestros en oración y vida a través de los siglos, Uds. han mantenido y desarrollado una especial belleza en las celebraciones litúrgicas. La historia recuerda a nobles monjes y abadías enteras como precursoras de importantes reformas litúrgicas. Por lo mismo, su vocación monacal está entrelazada desde sus raíces con el amor delicado y respetuoso de la celebración del Misterio Pascual, cuya máxima expresión es la Eucaristía, fuente y culmen de la vida cristiana. En la liturgia, particularmente en el Santo Sacrificio, pregustamos anticipadamente la felicidad prometida. Esa serena pasión por unirse a la liturgia celestial, que fluye de sus celebraciones, constituye una respuesta viva a la búsqueda de trascendencia, que es búsqueda de Dios. El amor y dedicación en la celebración de los misterios de la fe manifiestan el arte de la oración, de la cual están llamados a ser discípulos y maestros.

9.- Queridos hermanos y hermanas en el Señor, entre ustedes hay numerosas abades y abadesas, que en sus monasterios hacen presente a Cristo, maestro y pastor. Su delicado e importante servicio requiere siempre del impulso del amor de Dios y de la plena fidelidad al carisma de san Benito. En sus comunidades son llamados a dar fiel testimonio de santidad, a ser los primeros en aspirar a carismas mayores y a guiar a sus hermanos en una búsqueda del absoluto de Dios, llevando una vida en todo configurada con Cristo. Difícil a la vez que hermosa misión la que se les ha encomendado. Pero la gracia de Dios les ayuda a enfrentar este desafío con la confianza de que en la fragilidad se manifiesta la victoria de Cristo. Ustedes, en primer lugar, son los depositarios de la confianza de Dios en sus comunidades y sus miembros, y de la confianza de sus comunidades en Dios. Vivan con el anhelo humilde y operante de ser cada día más un icono vivo de Cristo en sus comunidades. Es lo que todas ellas, y también nosotros con el Pueblo de Dios, le suplicamos a Aquel que nos llena de toda suerte de bendiciones.

Santa María, que en su hospitalidad silenciosa acogió a Cristo en su corazón, que fue maestra en el arte de morar en el suyo, e hizo de su hogar de Nazaret un taller de oración y de trabajo, les ayude a crecer en sabiduría y en gracia para buscar y encontrar en todo al Señor, a Aquel que es la fuente de la vida y de la paz. Amén.